

JOSE MARIA ALVAREZ

LA INSOPORTABLE LEVEDAD DE LA LIBERTAD

En Julio de 2003, dirigí en El Escorial un curso donde conferenciaron algunos amigos - María Kodama, Fernando Savater, Alberto Benegas Lynch, Luis Alberto de Cuenca, Luis Antonio de Villena, Carme Riera, Fernando Sánchez Dragó, Diego Valverde, Julio Martínez Mesanza, Marcos Ricardo Barnatan, Mohamad Abuelata, Alain- Gérard Slama, Carlos García Gual..... - especulando sobre diversos problemas a los que la Libertad se enfrenta en nuestros tiempos. Una de las intervenciones, obviamente, fue la mía. Ese es el texto que el lector encontrará en este libro.

Desde aquella fecha, a hoy, no puedo afirmar que mis conjeturas hayan suavizado su ( por qué no llamarlo así) pesimismo.

Al releer la transcripción de lo que dije aquella mañana, encuentro el discurso deshilvanado, sin duda falto de rigor en la exposición, dando en ocasiones muy resumidos desenlaces de lo que habían sido incontables horas de - sin duda, dolorosas - reflexiones. Pero ni el tiempo de que disponía, ni las fichas en que me apoyaba ni el talento que los Dioses me han concedido, permitieron un más feliz alumbramiento. Acaso el tema demanda un desarrollo prolijo; da para ello, y seguramente lo merece. Pero son otros ahora mis afanes.

De todas formas, lo que no deja de cumplir esta intervención, es lo que Montaigne pedía al comienzo de sus extraordinarios ESSAIS: la bonne foy. Así, con esa cierta paz del alma, dejo en las manos de ....., estas páginas que, por lo menos, pueden llevar al lector a meditar, y mejor que yo, sobre lo que ojalá no termine por sucedernos.

José María Álvarez

París Abril 2005

## I

## INTRODUCCIÓN AL CURSO

Señores y señoras, buenos días, y gracias por su presencia aquí.

Acaso, a lo largo de la Historia, jamás, la Libertad, las libertades, han sobrevivido tan precariamente, tan cercadas por muy peligrosas formas de la intolerancia, sobre todo de manera tan sutil, artera, tan aceptada por la mayoría de la sociedad, que es lo que las hace más peligrosas, por una tan decidida intervención del Estado en lo que sólo a los seres humanos individualmente nos concierne. Y esto es así porque, creo, jamás la sociedad ha estado tan domesticada y ha sido tan proclive a aceptar cualquier sumisión, siempre que la compensación - y podemos considerar en esta, entre comillas, indemnización, cuanto hoy se disfraza como justicia social y demás apetencias de la democracia de masas, de la Democracia Omnipotente - le garantice sus cuotas de protección.

Si bien es cierto que una mirada a un mapa del mundo, bien podría alimentar la esperanza de los amantes de la Libertad al comprobar cómo, de forma inexorable, en los últimos 50 años, los espacios sometidos por el horror comunista y los menos letales, aunque igualmente peligrosos, intervencionismos socialistas, o sus hermanos en esa fraternidad de la servidumbre, Democracias Cristianas, dictaduras de Derecha, etc, han ido desapareciendo, y progresivamente ese mapa registra con profusión los colores moderados, no es menos cierto que los liberticidas han dejado de serlo tan a las claras forzados por el colapso de sus sistemas de gobierno, pero no han tardado en mudarse, en cubrirse con otras pieles menos llamativas, pero que en cuanto a lo que nos interesa: la defensa del Estado de Derecho, el Imperio de la Ley y las liber-

tades individuales y la eliminación de los intervencionismos estatales, esto es, en la deseable disminución del poder del Estado, comprobamos que este no ha dejado las riendas y alienta y busca por donde medrar. Y no se trata sólo de conceptos diferentes de la vida social, de apuestas contrarias, entre aquellos que valoramos como lo principal la Libertad y aquellos que se inclinan por la Igualdad, por una redistribución de bienes, y todo en un utópico mundo donde cómo dudar que están garantizadas las libertades individuales. El problema es más complicado y profundo: porque el camino que venera esa igualdad, como espero que analizaremos en este curso, conduce a la extinción, más o menos violenta dependiendo del radicalismo de los gobiernos, de la Libertad. Y algunos creemos que la única garantía de progreso, político, económico y de la Cultura, reside en la defensa de la Libertad. Y digo algunos, porque en el afán de genuflexión, casi siempre muy lucrativa, ante ese Estado todo poderoso, la mayoría de los llamados “intelectuales” no han dudado en ofrendar su incienso.

La Democracia en la que vivimos, al nacer, tuvo dos caminos, a grandes rasgos: el de esa Libertad y ese progreso, que yo lo veo en el Liberalismo que llamaremos la vía inglesa, ese arco que podría ir de Hume, Locke, Burke, Smith, lord Acton, Tocqueville, Humbolt, etc., a Von Mises o Hayek..., lo que podríamos calificar de pensamiento de los Old wights. O el camino que llamaremos francés, porque toma cuerpo en el intervencionismo, el racionalismo constructivista alumbrado con la Revolución Francesa. Aunque ya hubiera un atroz precedente en la consagración por el Parlamento inglés, en 1767, de la Soberanía Ilimitada de la mayoría. Desde esa raíz francesa se desarrollará la actual Democracia Omnipotente, y con ella el ímpetu de todos los movimientos de Izquierda y ciertos otros que, aun situados a la Derecha, no serán menos partidarios del intervencionismo.

“El gobierno democrático omnipotente ha engendrado, en consecuencia un pseudo-esquema moral en virtud del cual la sociedad considerará justo aquello que derive del proceso democrático. La cada vez más general constatación de que los ingresos de muchos ciudadanos dependen cada vez más de las decisiones adoptadas por los estamentos gobernantes ha de dar lugar a que, también cada vez con mayor frecuencia, quienes en cuanto a su posición social siguen dependiendo del juego de las fuerzas mercantiles vayan exigiendo que también a ellos se les entregue cuanto, en su opinión merecen. Cada vez que el gobierno favorece, mediante su intervención, a uno u otro grupo social, está legitimando la pretensión de otros de disfrutar de similar tratamiento. Y es la esperanza de conseguir ese mismo trato lo que fundamental-

mente hay detrás de la mayor parte de las actuales exigencias de “justicia social” “, como advirtió Hayek.

No vamos a analizar él por qué esa Democracia en vez de acompañar el camino de la Libertad, lo va limitando, asfixiando; por qué a su amparo y a la vez haciéndola posible, el Estado de Derecho ha sido devastado por el positivismo jurídico de Kelsen y sus herederos, el por qué ha conseguido el más peligroso de los engaños: que esa palabra - Democracia - cuyo único significado es el de un sistema (puede que el mejor) de cambio de gobiernos, acabe confundiendo con la Libertad, hasta ir desfigurándola y anulándola. Y tampoco vamos a entrar mucho en la inmensa traición a la Cultura, a la Civilización, perpetrada por tantos intelectuales.

Vamos solamente a reflexionar sobre qué sucede hoy, las consecuencias del error. Y muy especialmente sobre el arrasamiento de la Civilización y lo que Steiner llamaría “la amnesia planificada”. La democracia de masas que alimenta ese intervencionismo y a la vez es forjada por él, moviliza a los partidos como organizaciones que no se establecen sobre una idea del mundo, sino como fuerzas de presión o coaliciones de intereses. Y vuelvo a Hayek: “ese monstruoso planteamiento según el cual corresponde a quienes detentan el poder político determinar el monto de los ingresos de los ciudadanos y su horizonte cultural, tesis a cuyo amparo se ha desarrollado un impresionante y oneroso aparato para-gubernamental que, integrado por asociados empresariales, sindicales y profesionales, se ocupa fundamentalmente de orientar hacia la satisfacción de las pretensiones de sus mentores el mayor volumen posible de ventajas políticas.

Así, en esta Democracia, los partidos políticos se convierten en poco más que coaliciones de intereses organizados cuyo comportamiento responde más a la lógica de su propio funcionamiento que a la existencia de cualquier consensuado esquema de ideales o principios. En los países occidentales, con excepción de ciertos partidos de carácter testimonial que, tras manifestar su rechazo de los sistemas políticos existentes, pretenden reemplazarlos íntegramente por algún tipo de utópica solución, resulta difícil descubrir en los programas defendidos por los más importantes partidos -- y mucho menos cabe hacerlo en sus correspondientes realizaciones prácticas -- concepción consistente alguna de un orden social que supuestamente merezca el apoyo de sus bases. En vez de intentar establecer condiciones sociales en cuyo entorno de propia sociedad vaya desarrollando esquemas políticos más adecuados, los partidos, por lo general, se ven obligados a establecer realidades concordes con algún específico ordenamiento, es decir, alguna solución de tipo socialista”.

Esta semana vamos a reflexionar sobre algunos enemigos de la Libertad, y vamos a intentarlo desde diversos puntos de enfoque, desde la economía a la política, la Literatura, etc. , y vamos a buscar también el punto de vista del mundo árabe sobre este problema, y vamos a hablar de alguien que significa como pocos la integridad moral e intelectual: Borges.

Muchas gracias.

## II

### CONFERENCIA DE CLAUSURA DEL CURSO

Señores y señoras, buenos días. Agradezco su presencia en una mañana como ésta, más acorde con melancólicos paseos escurialenses que con encerrarse a escuchar no muy alegres sospechas.

Vamos a hacer como algunas novelas policiales o ciertas películas, que presentan ya de entrada al asesinado, y después dedican la narración a contar las peripecias de la encuesta.

Así, les voy a explicar mi conjetura – que es como la de algunas personas que no estamos muy convencidos de la proximidad del Paraíso – sobre las dificultades para sobrevivir, en este mundo nuestro, de la Civilización, esa “esfinge” que nos mira con ironía, y acaso con piedad, desde el fondo de los tiempos.

Para entendernos: cuando diga CULTURA me estaré refiriendo a la CULTURA EMINENTE, SUPERIOR, que, obviamente, salvo para los necios y los malvados, es la venerable; la que creada en cualquier lengua y sobreviviendo a cualquier traducción, sobreviviendo al instante en que se produjo, quiero decir al mundo con el que estuvo vinculada y cuyas significaciones pueden haber desaparecido para nosotros o sernos absolutamente extrañas, mantiene sobre el tiempo el poder de formarnos y emocionarnos muy vivamente, de dejar en nosotros una huella inolvidable como aquella que Robinson vio un día en las arenas de su playa; aquella cuya luz de grandeza y majestad espiritual, de alcance en sus conocimientos, de lucidez y complejidad, es preeminente; la que en el pasado solía acabar imponiéndose a culturas menos refinadas, de menor alcance, por suerte para éstas y sus hijos. Esa Cultura que no admite más que lo excelente, que no se somete a otras instancias que sí misma, al amor por la sabiduría, que no acepta más que un carácter universal, cuyas realizacio-

nes valen para todos los hombres sin distinción de razas, lenguas, religiones o tradiciones.

Diré que, a mi entender, esa Cultura - en sus dos espacios: el creador y el del receptor social, más dañado este último - está pasando por un trance acaso el más amenazador que haya conocido la Historia. Que en ese trance puede morir. Y que con ella moriría una muy alta Civilización, Es más, si me dejo llevar por emociones poco controladas, diría que esta kaputt.

¿Por qué?,

Porque quizá, nunca - junto a otras nobles actividades humanas: la pasión por la Libertad, la perseverancia en el individualismo, el viejo Estado de Derecho, la búsqueda de la excelencia intelectual -, la Cultura ha tenido tan feroces y decididos enemigos, en ocasiones sin conciencia de serlo, hasta bienintencionados a veces, pero tan imbatibles. Y tantos.

¿Quiénes son estos abigarrados enemigos?

Podríamos de forma muy general, empezar por aquellos que han pretendido, y pienso que logrado, acabar con el carácter de universalidad de la cultura para alzar en su lugar los salvajes ídolos de sus particularismos; esto es; aquellos que han sustituido LA Cultura por SU Cultura. Y estos enemigos, oh paradoja, proceden en su mayoría del mundo intelectual y a su vez no dejan de considerarse “servidores” de la Cultura; aquí, en lugar fundamental, pavonearía “eso” en que se ha convertido la universidad, la Enseñanza general. Con ellos el otro enemigo sería que la evolución de ésta Democracia no admite, no puede tolerar en sus engranajes lo que cuestione o rompa las metas del igualitarismo donde se sustenta. De la fusión de esa desviación maligna de esta Democracia - cuyas raíces se hunden en la Revolución Francesa - con la sacralización de la cultura de Izquierda, viene todo. Son como la salamandra de Plinio que mata a sociedades enteras desprevenidas.

Empecemos por un enfermo terminal: el creador cimero, ya sea poeta, músico, narrador, pintor... Otras magnificas actividades culturales como la investigación de la Historia, la Filosofía, la obra critica, el discurso científico, la elaboración de la Ley tal como la entendía el ya citado viejo Estado de Derecho, las incuestionables advertencias de los grandes economistas liberales, en fin, todo cuanto ha configurado y defendido un mundo libre, todo ello también está en peligro, pero puede mantenerse más tiempo, o, mejor digamos que puede ir a las cámaras de gas en tandas posteriores.

El primero en caer es ese artista. La hiperestesia tiene sus riesgos. Pues si bien las condiciones de habitabilidad de la sociedad no son determinantes para su creación, pues él, como dijo Rilke en el poema a Hölderlin, sale solo como la Luna, es inexplicable en relación a cualquier hábitat, lo que sí depende y mucho de esas condiciones de habitabilidad, es el caldo de cultivo social de la Cultura, lo que podemos llamar la Cultura de la sociedad, las consecuencias de este o aquel sistema de enseñanza, la perdurabilidad o no de vínculos que hagan reconocibles los signos culturales, la aceptación de esa universalidad de la Cultura de que antes hablaba o su substitución por reduccionismos tribales. Y ese espacio, su arrasamiento, sí puede condicionar la extinción del creador por razones que analizaremos.

El mundo tiene menos gobiernos intervencionistas, hemos contemplado felizmente su caída por autodestrucción de su poder arbitrario; o con un más débil intervencionismo que hace años. Muchos más seres humanos están libres de la esclavitud comunista, son más ricos en sus haciendas, más a salvo de la brutalidad policial y de los gulags. Hay una sensibilidad generalizada a favor de que los seres humanos estén más protegidos de cualquier inclemencia. Los extremismos de cualquier ralea cada vez tienen menos sitio en su aceptación por la sociedad. Pero al mismo tiempo, cada vez más esa sociedad se manifiesta más débil en su resistencia al control por parte del Estado, a la – digámoslo – sumisión.

La Cultura ha sobrevivido, mal que bien, a espantosas conmociones históricas, incluso, recientemente, a la materialización política del marxismo, del Comunismo, que ha sido las más letal de todas las ideologías que han gobernado el mundo en sus miles de años de Historia. Pero es más difícil que sobreviva a los enemigos que ahora tiene, muchos de ellos hijos vergonzantes de esa devastadora ideología. Ahora se enfrenta a la sociedad de Masas en que se ha convertido la Democracia, a los gobiernos y la Ley servidores de las apetencias – tantas veces avivadas cuando no inventadas por esos mismos gobiernos – de esas masas ávidas, sin límites; el totalitarismo democrático, la aquiescencia masiva de la intelectualidad a esa destrucción y la anoxemia del flujo intelectual de la sociedad en general, conformista con el engaño y a la que, por otra parte, por qué ha de importarle la aventura cultural de unos pocos. Porque ese es el más importante problema: a primera vista la Cultura es asunto de pocos, minoritario.

¿Quiere esto decir que “el mundo se acaba”, etc.?. No. La vida y la sociedad van a continuar su camino y acaso – si la Izquierda no lo hace imposible con su propensión a las hambrunas y al desastre económico – con claras ventajas materiales.

Junto a esto – y no es bueno – creo que las vidas de todos cada vez estarán más vigiladas, reglamentadas, que es mayor el control del Estado sobre la vida personal. Que los excesos en lo que se llama justicia social seguramente conduzca al colapso, eso ya es otro cantar. Nosotros no estamos hablando hoy de sociología política, sino de Cultura, de quienes la han hecho posible. Lo que va a suceder, o ya está sucediendo, es que simplemente lo que durante miles de años ha constituido la cima intelectual de la sociedad, se muestra muy enfermo, lucha contra demasiadas virulencias. Y eso no ha sucedido porque sí, sino por razones muy verificables que por otra parte son las que tienen que ver con el planteamiento de este curso: la guerra implacable – y yo creo que victoriosa para ellos – de los enemigos de la Libertad, de aquellos que han acrecentado la turbia herencia de quienes entre Igualdad y Libertad, apostaron por la primera, secundados con entusiasmo por la intelectualidad de Izquierda, que son la mayoría, aunque no los mejores. Los define muy bien lo que decía Burke: los que compran la miseria con el crimen.

Pudo haberse ido por otros caminos. La Democracia pudo haber seguido su discurso sin apartarse de, digamos, la ruta Inglesa, la enseñanza de las Libertades inglesas, la vía señalada por Hume, por Burke, por Adam Smith, por Tocqueville, Paley, por lord Acton, Mises, Hayek. Pero prefirió cultivar la vía intervencionista, el racionalismo constructivista, que vendría de la Revolución Francesa, y fortificar los más letales positivimos. Nuestra época, como las heridas de Duncan, es like a breach in nature for ruin's wasteful entrante.

Y no hay Cultura sin vitalidad social. El creador puede sobrevivir hasta en las más trágicas de las situaciones (será una cuestión de peligro personal, pero no de limitación de su espacio espiritual), quiero decir, como lo hemos visto tantas veces: se puede componer IL GATOPARDO en la cárcel o en la pobreza. Se puede soñar un verso en el penal de Castro o en el hedor de los millones y millones de asesinados por Mao, o Lenin, o Hitler. Pero el espacio de recepción Social, la Cultura de la sociedad, la libertad de una sociedad – y con esto quiero decir una sociedad que aún no libre políticamente, sí lo es en su alma, alerta contra el Estado, dispuesta siempre a burlar, a evadirse de su vigilancia -- ,eso, como el florecimiento económico, sólo prospera cuando los hombres no aceptan sentirse fiscalizados, con sus vidas decididas por el Poder, cuando hay libertad de intercambio de criterios intelectuales donde se prima y decanta el mejor. Y el creador, invulnerable a casi todo, no lo es a la desaparición de ese espacio social. Recuerdo una expresión muy adecuada de Justí: la autoridad de un “entorno inteligente“. Sin él se asfixia. La Cultura se enfrenta hoy en

Occidente a una sociedad autista. Sin memoria. Sin referencias. Éstas necesitan notas aclaratorias. Y no existe Cultura con notas a pié de página.

Pero este ha sido el camino tomado por la Democracia, la democracia de “poderes ilimitados” podríamos decir, a la que se ha sometido complacida esa sociedad. Y aquí sí conjeturo que esa Democracia es incompatible, es más, se opone por esencia a toda Cultura Superior, a todo cuanto revele aquello que ya Píndaro proclamaba en la Oda Tercera de las Píticas, que “pocos son aquellos a quienes es dado lograrlo” —se refiere al Arte—. Y en ese “pocos” estriba el problema: esta Democracia ha de asesinar necesariamente a la Cultura porque no puede aceptar su carácter individualista, antiigualitario. Y lo hará tanto por la vía del ataque directo como mediante la falsificación de la Cultura, mediante su conversión en un producto más de consumo. Creo que un factor determinante de esta evolución de la Democracia hacia el totalitarismo de masas, junto a las nefastas doctrinas del positivismo jurídico, además de la opción por el sistema “francés”, consiste también en que la digamos “capitana” de su discurso, al menos desde principios del siglo pasado, para todo el mundo, haya sido Estados Unidos, justamente esa nación a la que mucho debemos para la restauración de las libertades europeas y también como garante de la libertad en el mundo y como ejemplo de mercado Libre (al menos hasta el intervencionismo de Roosevelt y después, pero aún así), pero que culturalmente ha tenido un alma negativa, precisamente por la misma fuerza que hacía poderosas esas formas de vivir igualitarias y ese triunfo del bienestar material de su sociedad y de otras.

Como no ignoro que ya deben estar preparándose una vez más los servidores de la Intelligentsia para echarme a los leones, les facilitaré el camino y como confesando ante nuevos tribunales de Moscú, no tengo inconveniente en decir, con palabras de mi maestro Hayek, que aunque soy convencido partidario de que la tarea de gobierno sea controlada teniendo en cuenta los principios que la mayoría de los ciudadanos en cada momento sustente, y aunque considero que sólo así resulta posible garantizar, tanto la libertad como la pacífica convivencia, debo sin reservas admitir que si por democracia se entiende dar vía libre a la ilimitada voluntad de la mayoría, en modo alguno estoy dispuso a declararme demócrata Me sentiré, por el contrario, obligado incluso a manifestar que, en mi opinión, dicho modelo social no sólo ha de resultar pernicioso, sino también, a largo plazo, de todo punto inviable.

Sí. Será, o acaso ya lo es, Inviabile. Y su largo, complicado y peligroso final, se funde con las más siniestras profecías que anticipaban el poder coercitivo de los

medios de comunicación, de la televisión y de cuanto se ha mostrado capaz de dominar el pensamiento de la sociedad, sus emociones y disposiciones.

Quizá sea demasiado tarde para cambiar de rumbo. Aunque la Historia es sobre todo, imprevisible, y cosas más inimaginables hemos visto. Pero temo que nunca como ahora ha existido una sumisión tan extendida y profunda, una tal y tan espesa tela de araña implicando tanto a la sociedad, satisfaciendo sus más abyectas y fáciles pretensiones, casi una piel propia, que impide ver – debería uno renunciar a muchos beneficios y no es posible pedir tanta lucidez a tantos – a dónde conduce esa tela de araña del Estado Protector, que ya con tanta perspicacia vieron entre otros Humboldt y Spencer. Creo que durante algún tiempo la sociedad seguirá avanzando por ese camino de creciente bienestar material y de libertades cada vez más reducidas, hasta que se produzca un colapso por falta de vitalidad social.

Y añadiré, no sin pesar, que creo que, igual que con respecto a la Historia, dichos creadores vieron antes que nadie, esa luz en la obscuridad, iluminando caminos que irían engrandeciendo y mejorando a la sociedad, desvelando nuestra condición, advirtiéndonos –cuando iba a suceder, ¿no está ya en Kafka?; pienso en LA COLONIA PENTENCIATIA. ¿Qué mejor ejemplo de la obediencia de las masas que las consecuencias de la emisión de Orson Welles de LA GUERRA DE LOS MUNDOS?-, ahora la agonía de la Cultura es la primera luz que se apaga de ese futuro; después se apagarán las de la vida social y las libertades. La desaparición de la memoria, la amnesia histórica, las articulaciones del sometimiento están ya perfectamente engrasadas para ello.

¿Cómo se produce esta situación? ¿Por qué?

Pensemos que lo primero que resulta intolerable para cualquier Poder hoy día y para la sociedad en general, es ya la figura del creador, del artista, del escritor de verdad. Porque no es asimilable. Sus intereses intelectuales, sus necesidades, su vida misma no tienen que ver con la normal de la mayoría de la sociedad. El artista vive en un espacio – yo diría sagrado, pero en cualquier caso, marginal- que sólo con el Arte tiene que ver. Puede crear en cualquier condición y bajo cualquier sistema de gobierno, puede ser, muchas veces lo ha sido, cómplice de poderes que a la sociedad en su bienestar poco benefician; un notable creador puede ser al mismo tiempo un hombre poco recomendable. Muchos de sus comportamientos pueden estar, incluso digamos “fuera de la ley”. Sus inquietudes y problemas no son los mismos que los del resto de los hombres. Se mueve en otro plano, se puede decir que el Arte es algo

misterioso que misteriosamente algunos seres secretan y que no menos misteriosamente, otros, no demasiados, seres humanos, gozan con su obra.

Repito que el creador puede ser – hemos encontrado muchos testimonios – alguien incluso malvado. La obra de Arte puede nacer de alguien que moralmente no es precisamente una obra de arte. O incluso en determinadas Artes – Música, Pintura, Escultura, hasta la Poesía -pudiera ser hay ejemplos, alguien de escasa instrucción o hasta limitada inteligencia. Pero curiosamente, lo que consigue – hablo de grandes autores, de esos creadores cimeros a que me he referido –, como lo que ha creado es un pedazo de vida y como tal, ésta no es más que fuerza verdadera, milagrosamente es Arte limpio y faro de lo mejor de la Humanidad. Incluso escritores de detestables ideas, y que hasta las plasmaron en sus obras - en vez de dejar que éstas se limitaran a ser ese pedazo de vida -, si lo hicieron con verdadera intensidad artística, en una extraña transfiguración, esas ideas, como limpiadas por el Arte, aparecen convertidas en visiones, que quizás ni el mismo autor pensaba, que en si mismo son también faros. Porque nos emocionan artísticamente, mueven lo que misteriosamente dentro de nosotros abre puertas a lo excelente, a caminos “grandes”.

No es que el arte no tenga que ver con la vida. Es un pedazo de vida, y precisamente por ello tiene todo el derecho a su vida propia como cualquier otra fuerza en el Universo. Lo que sucede es que el Arte elabora su discurso a partir de un territorio que no es la Vida, sino lo que de ella, o lo que ella es ya en un territorio donde su memoria está mixturada con una sabiduría que sólo al Arte corresponde, quiero decir, donde toda referencia está bañada por una luz que no es la realidad, sino el Arte, que transfigura toda evocación revistiéndola de significaciones estéticas. Y no es a la vida, sino a ese territorio del Arte, al que el artista apela cuando arranca el mineral de su narración. La cabeza de un creador, no es sede de un proceso demasiado racional. Los griegos llevaban razón. Puede serlo acaso un ensayo, o el discurso científico - aunque no estoy seguro que lo sea, en sus momentos relampagueantes y decisivos-, pero no la creación que viene de la imaginación, no el Arte en su dimensión más pura. Porque es en la emoción donde reside el Arte. No es un tratado de obstetricia sino ciertas páginas de ANA KARENINA, los pinceles de Velázquez o Rembrandt, el verso de Shakespeare.

Puestos los ojos en ese territorio del Arte, el creador vive al margen de la sociedad – aunque como hombre se interese en problemas de la misma, aunque apueste por alguna ideología; pero su Arte es insolidario del acontecer social, es extraño por sus necesidades hasta a formas de convivir que la mayoría exige como de obligado cumplimiento, esto es: pertenece a otro mundo, es miembro de una élite y

cumplimiento, esto es: pertenece a otro mundo, es miembro de una élite y será gozado por otra elite. Y eso no es tolerable para la sociedad ni para los poderes que han pretendido una sociedad igualitaria.

Habrá quienes piensen que exagero, que la sociedad en su mayoría sí es receptiva al gran Arte, que basta ver las actuales cotas de producción de libros, de asistencia a museos o conciertos, de aumento de los estudiantes. Yo creo que si se cree eso es porque se toma por Alta Cultura los productos edulcorados y rebajados con que nuestro tiempo la falsifica. Pero creo que no me equivoco si considero que la Cultura, a diferencia del bienestar material, de la libertades públicas (al menos hasta que se rebajan contraponiéndolas a otros miedos) etc., es algo que sólo interesa a unos pocos. O mejor: que sólo unos pocos necesitan para sentirse vivos. El sueño de la sociedad no es el mismo que el del Arte, aunque este ilumine a aquella. La sociedad va tanteando en busca de su camino “real”, imaginemos que lo más racionalmente posible, buscando lo que le conviene para sentirse más segura; where small experience grows como le decía Petruccio a Hortensio. El Arte no trae seguridad, el Arte es un viaje a lo desconocido. El sueño igualitario y excluyente de cuanto no sea ese afán, de nuestra sociedad es incompatible con el sueño de una Cultura cuyo habitat es otro que las exigencias romas de esa sociedad, que precisa de formas culturales que reconozca como “posibles” para cualquiera de sus miembros. Y sobre todo, exige la conversión del creador en una persona más, en un ciudadano igual, con una vida igual.

Ese ciudadano igual, ese buen vecino, podrá ser ejemplar en sus ocupaciones, pero desde luego lo veo tan amortiguado, tan falto de vigor artístico, que difícilmente producirá LA COMEDIA, THE WASTE LAND, LA ISLA DEL TESORO, EL QUIJOTE.

Es muy difícil que se entienda y acepte el derecho a vivir “en su mundo” de ese creador diferente, con necesidades muy suyas, sin otro mirar que la excelencia de su obra, hijo de un Universo cerrado, de unos pocos. Pero es él quien con sus intuiciones, con su páginas, con sus ideas sin otro límite que sí mismo, ha ido señalando el camino al mundo, balizando, imaginándolo, haciéndonos ver oscuros y casi in-comunicables resortes, sus articulaciones. Es quien con esa obra insolidaria y ajena en apariencia a nuestro vivir, ha mejorado moralmente ese vivir; su sueño, como el de la Ciencia, nos ha levantado del suelo, nos ha mejorado. Porque el Arte, lo que ven los artistas es eso más allá de la Ciencia, eso sin la cual no sabríamos acercarnos o no nos acercaríamos a lo que somos. Pero sea lo que sea, lo que para mí es indiscu-

tible es que el ARTE, la CULTURA, es minoritaria. Y eso es insoportable para el discurso de nuestra sociedad democrática de masas poseídas por la pasión de la igualdad.

Y en esa pasión, devorado por ella, el artista muere, y lo hace por dos causas principales: por la desaparición de su status de excepcionalidad y por la desaparición de una tradición a la que se vinculaba y en la que depositaba su sueño de supervivencia.

Somos, como dice el tango de Discépolo, “disfrazaos sin carnaval”. A la quizás altruista pero desde luego poco sagaz pregunta, tan frecuentada: ¿Escribir después de Auschwitz?, o de los Gulags, o de cualquiera de los horrores de nuestra última época, el verdadero artista hubiera dicho: SI. O ni se hubiera planteado la pregunta. Porque hasta en los campos de exterminio comunistas o en los sótanos de la gestapo, podía soñar un verso, o hasta allí, un verso podía consolarlo. Pero lo que sostenía ese verso, o esa música, el sueño de pertenecer a una cadena, cuyos pasado y futuro le daban sentido, eso se ha roto. El artista siente que no tiene “después”, que le han robado el “antes”.

Y a la aniquilación de ese Después y de ese Antes, ha sido gran parte de la misma intelectualidad del último siglo, sobre todo, quien se ha aprestado a movilizarse; casi siempre los políticos se han limitado a seguir los dictados de sesudos intelectuales, los diktak de quienes han traicionado la Cultura, quienes decidieron que la cultura tenía que “servir” en el más inmediato de los sentidos al hombre en su vida social. Y con el agravante de que sus exhortaciones han sido para un servicio que repetida e inexorablemente ha llevado a las sociedades a su aniquilamiento económico y moral

La “traición” de los intelectuales, usando la palabra con que ya la denunció Benda hace muchos años, la renuncia a principios universales, la rebaja del Arte a lo inmediato, su servidumbre innoble de ideas políticas también de inmediata aplicación, su municionamiento a nacionalismos y tiranías, su servicio y conversión en un producto no más refinado, sino a la medida de la zafiedad de la cabeza media social. Y a esa traición sucumbieron y se sumaron universidades y gobiernos; se infiltró como una larva en todas las articulaciones, músculos y tendones del mundo cultural, todo ello servido con gusto por los medios de comunicación, donde esa intelectualidad se aposentó como en un tribunal.

Se pretendió – y sin duda se ha conseguido – unir el discurso social, político, de instituciones, de sistemas de gobierno, de luchas tribales, de libertades públicas o

de respaldo de poderes criminales, con el discurso de la Cultura. Se decidió que eran inseparables. Y el mayor error: se imaginó que la Cultura florecería precisamente en las mejores – igualitarias, intervenidas – situaciones sociales. Y, derivado de esto, que si por el contrario, la Cultura había florecido en las más dramáticas e indeseables situaciones, es que ese Arte no era bueno, no era conveniente, no salvaba, no debía persistir, puesto que no servía favorablemente a la vida de la sociedad.

Se olvidó que si bien es cierto que la mayor parte del gran Arte, de la más alta Cultura, se ha creado al margen de ese proceso de mejora social – una Cultura ciega a lo que no fuera su más excelente manifestación -, no por ello había dejado de ser lo que “tiraba” de la sociedad, lo que, pese a todo, la había ido haciendo más habitable. La negación de esa Cultura superior, ha llevado a la hecatombe del Multiculturalismo. Tan peligroso, o acaso más, que los nacionalismo, porque degrada aún más la Cultura. Ya no se trata solamente de la reducción cultural a toscas tradiciones y lenguas, sino de la condena de aquellas formas culturales universales, que lo eran por su altura de contenido y miras, por la complejidad de su alma. A donde pudo llegar Shakespeare, y Virgilio o Tácito o Platón o Li Pao, o Montaigne o Cervantes, o Mozart o Velázquez, ya no eran las metas y la única patria del creador, sino que quedaban reducidos a un escritor inglés del siglo XVI – XVII, unos romanos hijos de una sociedad esclavista, un griego casi incomprensible o un chino viviendo de las gabelas del poder en una dinastía determinada, y para qué seguir; pero por qué más considerables que un quechua que narra en su lengua problemas que le afectan directamente; ¿por qué la IX de Beethoven sería más importante para mi desarrollo hoy y aquí que las canciones de mi tribu? Cada uno tenemos nuestra cultura en vez de tender todos a una Superior donde se almacena lo más grande que ha creado el hombre y que es referencia universal.

Tengo aquí copiado algo que al releerlo hace poco me admiró una vez más, y que da una idea muy limpia de lo que era un hombre civilizado hasta no hace tanto. Es de un escritor que veía el mundo con un muy notable talento: Joseph Roth. Es un fragmento de su hermoso EL BUSTO DEL EMPERADOR :

“ En el pueblo de Lopatyny, pues, vivía el conde Franz Xaver Morstin, descendiente de una familia polaca de rancio abolengo; una familia que (dicho sea de paso) procedía de Italia y había llegado a Polonia en el siglo XVI. El conde Morstin, de joven, había servido en el cuerpo de dragones. No se consideraba ni polaco ni italiano, ni tampoco un aristócrata polaco ni un aristócrata de origen italiano. No, él, como tantos otros caballeros de su clase en los antiguos países de la corona austro-

húngara, era uno de los más nobles y puros tipos del austríaco sin más., es decir: un hombre por encima de las nacionalidades y, por consiguiente, un auténtico noble. De haberle preguntado, por ejemplo - pero, ¿a quién se le habría ocurrido una pregunta tan absurda?-, a qué «nación» o a qué pueblo sentía que pertenecía, el conde se habría quedado mirando al artífice de tal pregunta sin apenas comprender, perplejo y, probablemente, aburrido y un tanto indignado. ¿En qué hubiera podido basarse para determinar su pertenencia a esta o a aquella nación? Hablaba igual de bien prácticamente todas las lenguas europeas, se sentía en casa en la mayoría de los países europeos, sus amigos y parientes vivían dispersos por el ancho, y variopinto mundo. Una reproducción en pequeño de este variopinto mundo era, en efecto, la monarquía real e imperial, y por eso era la única patria del conde. Uno de sus cuñados era jefe de distrito en Sarajevo; otro, consejero en la administración municipal de Praga; uno de sus hermanos servía como teniente de artillería en Bosnia; uno de sus primos era consejero de la embajada en París; otro, terrateniente en Banat, en Hungría; un tercero ocupaba un cargo diplomático en Italia; un cuarto vivía desde hacía años en Pekín, por pura pasión por el Lejano Oriente.”

En vez de traicionar cada uno a su patria pequeña en pos de un mundo superior, en vez de comprender que la Cultura es la suma de lo mejor venga de donde venga, constituyendo un canon de validez universal – y junto a ella el olvido de lo que es inferior - , nos volvemos más patriotas que nunca aunque lo sea del tam tam. Como es lógico, había que perseguir lo que se oponía a esa reducción, y a ello se han prestado entusiasmados intelectuales de todos los países – la mayoría, no estoy muy seguro de que movidos por nobles sentimientos – y la Enseñanza, en casi todos los lugares. Aislar a los individualistas, a los que no aman esa pequeña patria, a los que rezuman cosmopolitismo.

Ese multiculturalismo no sólo ha degradado la Cultura, no sólo ha ayudado a que vaya instalándose la amnesia generalizada sobre todo aquello que no sea la vaciedad de su discurso, no sólo ha dinamitado las jerarquías culturales y su universalidad, sino que ha revitalizado tradiciones que ya creíamos desaparecidas y cuya barbarie imaginábamos erradicada, formas de pensamiento primitivas, crueles, pero que hoy se atreven a presentarse con los mismos derechos que la Cultura superior que las hubiera desarraigado; quiero decir; pueden exhibirse con los mismos derechos una legislación tribal y cruenta, que el Derecho Romano, o la ablación de clítoris de algunas culturas inferiores junto a las libertades occidentales conquistadas tras miles de años, el salvajismo de esta o aquella primitiva comunidad junto a la tradición del

parlamento Británico. Se pensó que había un ser – ser abisinios o malayos o franceses – en lugar de la voluntad de convertirse, de llegar a ser un hombre investido por la más alta Cultura y Civilización que hubiera producido la especie humana, alumbrada donde fuere. Era lo que ya habían planteado los excesos nacionalistas: la negación del derecho del hombre a ser por la grotesca idea de que ya es algo.

Y no olvidemos que lo que empezó, en los nacionalismos, como la vindicación casi inocente de una lengua o unas costumbres locales, ha terminado con frecuencia en campos de exterminio. El multiculturalismo va más allá aún: olvidando lo que Auden decía: That all rites should be equally fonded: some are abominable, sitúa la barbarie de nuevo en el corazón de la Cultura Superior y le niega a esta el derecho a esa superioridad.

El multiculturalismo ha tenido un compañero de viaje, quizá algo más joven, pero no menos destructivo de la Cultura. Es lo que se recoge de manera amplia bajo la formula de pensamiento Posmoderno. No es menos letal. A esa barbarie renacida del multiculturalismo, añade devastadoras formulas de degradación cultural. No va a oponerse por elitista a este o aquel pensamiento superior, ya no va a condenar a Tácito o Burke, a Homero o a Nabokov, a Borges o a Rembrandt – por cierto, como sí se ha llegado a hacer con Shakespeare en muchas universidades de Occidente –, o a afirmar el derecho de tal actividad pueblerina de coros y danzas a equipararse a Fidias o Aristóteles, sino que va a decir: Todo es lo mismo ... lo mismo de elegible, depende de cómo me pille el día. Y por supuesto, lo que elija es igual de “cultural”, Virgilio o El Guerrero del Antifaz, LAS BODAS DE FÍGARO o la última canción de Eurovisión. La Cultura no es “ESO” que está ahí y a lo que debo tender para ser mejor, sino lo que “está en mí en cada momento”, lo que me place, lo que me sirve. El hombre que hubiera podido o deseado ser culto, tarea ardua, pasa a disfrutar de la comodidad del consumo de lo que quiera, Verdi o cantos Swahili, LA CASA DE LA BELLA DURMIENTE o La Rochefoucauld o el último bestseller de Clancy o el último bodrio de.... Bueno, no recuerdo su nombre; el portugués éste a quien le han dado el Nobel. Todo es legítimo, está al servicio de mis apetencias. Y, naturalmente, todo es ligh. O, mejor aún, puede escribirse como se quiera, sobre todo de la forma más rudimentariamente comprensible para que sea divertido. Porque ese es el fin de la Cultura: divertirme, como me divierte ir una noche a una discoteca. No hay una instancia superior, ese spot publicitario es tan bueno como EL INTENDENTE SHANSHO de Mizogushi o FAKE de Welles; este diseño de un cinturón de Versace, es lo mismo que LAS MENINAS.

Por fin, el Paraíso. No solo las culturas son iguales, cada uno en su ghetto, sino que todo puede mixturarse en el mismo plato. Lo único que hace falta es que ninguna sea demasiado intensa. Un producto light, y de consumo rápido. Y tampoco nada de una pesada digestión. Fuera todo aquello que implique una apuesta arriesgada del pensamiento o la emoción.

Cuando juntamos todos estos elementos, encontramos unas fuerzas de presión tan fuertes, tan extendidas, tan inexorable, como jamás la Cultura había enfrentado. En otros momentos de la Historia había sobrevivido a hordas terribles, a gobernantes crueles, a guerras de religión implacables, pero esta vez todo eso viene desleído en lo que decía antes, en la forma actual de esta Democracia omnipotente, y resulta que todo esto es como la piel de esa democracia igualitaria. Estas fuerzas aniquiladoras de la Cultura reciben su alimento en esa sociedad que ellas a su vez, han ayudado a configurar. Y es imposible vencer a toda la sociedad, esa masa sin memoria en que está siendo conformada, y que como tan brillantemente predijo Tocqueville, adoran la igualdad hasta en la servidumbre. Sobre todo teniendo en cuenta que los cambios de rumbo necesarios, deberían ser realizados por gobiernos cuyo mandato depende, y cada vez más, de satisfacer la, como diría Hugo, desenjaulada hambre del Monstruo, las aspiraciones de esa sociedad cuyo deseo, y es lógico que así sea, ya que lo consigue, es ser cada vez más subvencionada.

Si la principal de las reformas, que sería la de la Enseñanza, cuya degradación alcanza ya profundidades abisales ( su “mayerútica”, como la voz de don Latino de Hispalis, da ya una nota más baja que el cerdo ) - junto a las limitaciones del exceso de la llamada justicia social y la vuelta al verdadero Estado de Derecho, el Imperio de la Ley -, ha de subordinarse a la aquiescencia de quienes con ello aceptarían trabajar más, divertirse menos, en una palabra, pasarlo peor, y sin que exista ya un impulso social que lo demande, no creo que se muestren favorables. Además, está el problema que antes tratábamos: la inmensa mayoría del cuerpo de profesores y de intelectuales son quienes de forma más feroz han impulsado esos movimientos de degradación. Pensemos en los Estados Unidos. Y qué decir de España. Los más que tímidos intentos últimos de reforma, que no son nada para lo que sería preciso, han tenido una contestación asamblearia desmesurada.

También ha desaparecido cualquier carácter religioso del concepto Civilización. Y desde luego hasta el último vestigio de lo que podíamos llamar la transmisión familiar de la cultura. Excluida por y de esa sociedad, anatematizada por la intelectualidad dominante, perseguida en sus formas más nobles, condenada por su individualismo, sin “auditorio” posible, desaparecido el espacio social donde daba su

dualismo, sin “auditorio” posible, desaparecido el espacio social donde daba su salto sin red, sin vínculos con el pasado ni con el futuro – salvo los momentos de conexión en la soledad de sus cubiles que aun alumbraba en creadores cada vez más aislados -, fantasma que se pasea por una sociedad amnésica, ante un público autista, la Cultura creo que va a sucumbir.

Hay quien dice que, pese a todo, mientras quede un creador habrá Cultura, o la posibilidad de regeneración. Al fin y al cabo, hemos sobrevivido a tanto... Puede ser, ojalá lo sea. Pero en otros momentos el enemigo por decirlo así, era de nuestra familia. Verdugo y víctima hablaban el mismo lenguaje. Ahora no. Simplemente, no somos, la sociedad nos mira –como Levy contaba que lo miraba aquel SS: no era. Si esta sociedad, la Democracia de masas, persiste, no creo que sobrevivamos. Y sin duda es ella la que va a sobrevivir. Y en esa sociedad no habrá poder creador. Estamos ya contemplando ese desolado paisaje. Puede que aún se siga representando a Shakespeare, y la gente irá a los museos. Tácito y Montesquieu, “la cultura entera” - ¡hasta los filósofos griegos! ¡y Schopenhauer! -, música, etc... están hasta en los quioscos..... junto a COSMOPOLITAN o PLAY BOY. Pero un Shakespeare “democrático”, “solidario”, “políticamente correcto”, limpiado, disecado, ante un auditorio sin vinculaciones emocionales con lo que se representa. Contemplantán EL REY LEAR o HAMLET como pueden asistir a un concierto de Sabina. Pasearán por los museos como el que pasea ante un acuario muerto. Ya sin lazos con la vida. Un entretenimiento, y sin duda, programado: por la mañana aeróbic y shopping, por la tarde LA TRAVIATA y por la noche cena turística. Y todo sin excesos.

Durante un tiempo aún se mantendrá – como rarezas, incluso como un consumo de buen tono, dentro de lo que ahora se llama “calidad de vida”, todo esto. Pero dudo que en esa sociedad pueda madurar un Mozart, un Rilke, un Rafael, un Leonardo. Y a la larga, exangüe, inane, también esa sociedad sucumbirá. Porque lo que cada época ha llegado a ser, el horizonte de sus ilusiones, el legado común de la Humanidad, vivía, paradójicamente, en la altura donde habían colocado el listón de nuestros sueños esos artistas marginados y marginales. Porque, como dijo Hugo, contienen lo ignorado.

Porque Beethoven o Borges, o Stendhal o Baudelaire, no son, en ese legado, sólo música o literatura. Significaban también que había una sociedad palpitante donde su obra florecía. Ningún deseo social ni decisión de las instituciones pueden hacer que se produzca un Mozart o un Plutarco. Solo en un mundo libre – libre en su alma, aunque padezcas los rigores de una tiranía -, donde habita la primacía de lo

mejor sobre lo peor, en todos los órdenes y en el corazón de sus hijos, solo allí pueden darse esos ilustres alumbramientos.

Con su luz gozará una parte de esa sociedad, un número limitado de seres humanos – y aquí si que en su incremento pueden influir los logros de una Educación mejor -, pero lo que emana de esas existencias produce el mejoramiento de toda la sociedad. Porque los más profundos mensajes de tolerancia y comprensión, la busca de lo excelente, de sueños, de imaginación, de libertad, es en sus obras donde anidan, donde nos aguardan, donde nos hacen mejores. Porque esos “pocos” son la carne de la Civilización, de la única, desde el primer vagido.

No quiero entrar en el análisis de lo que acaso, con la destrucción de la Enseñanza, sea el abismo bestial donde nuestra sociedad ha decidido suicidarse: el aislamiento de las grandes lenguas, nuestro español, el inglés, el francés, el alemán, etc.. Proceso astutamente vinculado a la degradación del ser humano, y que iniciado por los comunistas y los nazis, alcanza en la Democracia de Masas, sus más pérfidas y salvajes conclusiones. Sería tema para un curso entero.

Creo que muchos de nosotros debemos acostumbrarnos a que seremos zombis en un mundo ordenado e igualitario, y muy infantilizado, absolutamente controlado por la televisión u otros inventos que vengan acaso más decisivos. La barbarie en sus múltiples formas, nacionalismo, multiculturalismo, posmodernismo, Izquierda en cualquiera de sus formulaciones, ha triunfado sobre la Cultura. Su labor de destrucción es inexorable. Los asesinos de la Cultura ya están instalados. Preparan, aunque algunos no lo hagan voluntaria o conscientemente, el camino a los asesinos de personas. Como escribió Nadiezhda Mandelstam, “llena de horror me decía a mí misma que entraríamos en el futuro sin testigos capaces de testimoniar lo que fue el pasado. Tanto fuera como dentro de las alambradas, todos habíamos perdido la memoria”. Hace ya mucho, en un poema de MUSEO DE CERA, vi ese futuro:

Lo que hemos amado como Historia  
será como el paso de la Luna  
entre la Horda y la Horda.

Muchas gracias por su atención.

